

DISCURSO DE CONTESTACION

por el Exmo. Sr. Dr. D. Sebastián García Díaz

Es evidente para todos los que nos reunimos en esta tarde solemne que, al ser designado por la Academia para contestar el discurso de ingreso de Florentino Pérez-Embid, no se ha buscado en mí ni autoridad histórica que no poseo en absoluto, ni méritos de antigüedad, ni paralelismo profesional con el beneficiario. La nominación, por todos aquellos conceptos inmerecida, sólo se justifica en razón a la amistad. Larga, profunda, invariable amistad, que ciertamente ha decidido para investirme de la alta responsabilidad que significa ser portavoz de la Academia en ocasión tan señalada y difícil.

A lo largo de la vida, somos amigos de muchas gentes: amistades de infancia y adolescencia, amistades de estudio, de profesión, de paisanaje, de vecindad, de ocios y deportes, de ideas políticas; en definitiva, de las circunstancias del hombre. Amistades que sólo exigen una superficial afinidad, buena educación y modos sociales, pero que rara vez resisten la prueba de la distancia, el dolor o el enfrentamiento. De tarde en tarde, a lo largo de la vida, algunos de aquellos amigos de coyuntura se nos meten en el hondón del alma, y en ella afincan de manera definitiva, creciendo a la intemperie de los años.

Hace ya muchos (julio 1946), y en un artículo que se incluye en uno de los libros del nuevo Académico, «Paisajes de la tierra y del alma», éste se refería en el texto a «un viejo amigo, viejo a fuerza de amigo, y amigo ... ¿a fuerza de qué?». Han pasado ya treinta y tres años desde el comienzo de aquella amistad, y hoy puedo decir que ha cuajado a fuerza de afinidad, de pasión, de desacuerdos llenos de respeto y cariño, a

fuerza de golpes compartidos, a fuerza de profundas interrogantes trascendentales que fueron contestadas a la vida en dos voces distintas con una misma idea, a fuerza de una ósmosis no sólo de lo que el corazón calienta, sino de aquello que la mente crea o clarifica, a fuerza de lealtad. Una amistad de esta jerarquía sirve para impregnar de sentido una relación de forma definitiva, y responde a aquel ideal de permanencia que dejó escrito Quevedo a propósito de un sentimiento paralelo:

*Serán cenizas, mas tendrán sentido.
Polvo seré, mas polvo enamorado.*

Desde esta plataforma, instalado en la amistad, no voy a exponer los méritos de Florentino Pérez-Embid, de todos conocidos, ni a contar con leve comentario sus obras escritas y publicadas, que se incluyen al final en relación aparte. Voy, con brevedad y por derecho, a hacer un recorrido por los hitos principales de su biografía que justifican muy holgadamente su ingreso en esta Academia. Vamos a contemplar una trayectoria cíclica en su marcha, pues el acontecer cíclico es un hecho biológico y místico. Que la vida no progresa con una ascendente o descendente línea recta, sino por mesetas y valles.

* * *

Acabamos de oír el origen serrano del nuevo académico, y su muy temprana vinculación a Sevilla. Es este un fenómeno que se repite casi con constancia de ley en la historia de nuestra tierra: forasteros insignes, personas que vieron la luz cerca o lejos de nuestra ciudad, tuvieron a lo largo de su obra una dedicación eficaz y lúcida en el cuidado y promoción de Sevilla, en épocas en que los propios sevillanos de nacimiento hacían poco por su ciudad. Y ahora mismo, en este último decenio, un gaditano vecino de Mutamid y del Rey D. Pedro cuida, vigila, sufre, propone y adereza la cara de esta ciudad, de tan quebrado urbanismo; un sevillano de Las Palmas de Gran Canaria nos entrega la visión íntima, sen-

timental, erudita y estremecida de una Sevilla insólita; y otro sevillano de la Sierra de Aracena ha promovido —con pasión inteligente—, en poco más de cinco años, la restauración de lo que en Sevilla estaba abandonado por un largo conformismo, más fácil al lamento que a la acción.

Aquella Sevilla que había de ser definitivamente su tierra, le acogió con el encanto de metrópolis campera que todavía conservaba por los años 40. Una ciudad que en su quehacer universitario estaba centrada en noble casa, bellamente evocada por un poeta sevillano: «Había en el viejo edificio de la Universidad, pasado el patio grande, otro más pequeño, tras de cuyos arcos, entre las adelfas y limoneros, susurraba una fuente. El loco bullicio del patio principal, sólo con subir unos escalones y atravesar una galería, se trocaba allá en silencio y quietud.

No había otro rumor sino el del agua en la fuente, leve y sostenido, al que se sobreponía a veces el trino fugitivo de un bando de golondrinas, cruzando el cielo que encuadraban los aleros.»

Años de descubrimientos y de formación, de recorrer lenta y amorosamente una ciudad que tenía en el alabeo de sus calles, en la paz de sus esquinas y en la calma de sus plazuelas, el marco justo para la charla, el silencio, o la pura contemplación. En definitiva para el conocimiento del cuerpo de la ciudad y del alma de los amigos, elementos que habían de cristalizar en un amor brotado de aquello que se conoce y que es bello, armónico, verdadero, y llega a ser paisaje del alma; no olvidemos que «el paisaje es esa norma estética de equilibrio perfecto que envuelve al hombre como un ropón de paz y lejanía».

Sin hacer lamentaciones estériles, o nostalgias acusadoras, es evidente que volvemos a esa Sevilla cuando tratamos de asirnos a una estética clara, por dentro y por encima de una magnificencia actual en franca desproporción. En aquellos años Florentino Pérez-Embid configura una de sus principales dedicaciones: la de historiador, y concretamente historiador de América, al mismo tiempo que va dando salida a otra actividad a la que ha de permanecer fiel en adelante, como es

la del periodismo de ensayo e interpretación. Sevilla, Aracena, La Rábida, tierras y ciudades desde las que pensar, formarse y escribir.

Meritoria tarea es permanecer fiel a esta condición de testigo y escritor. Aquella forma de escribir que significa el dejar constancia para uno mismo, o para un dilecto y mínimo auditorio, tiene su compensación en el propio gozo que produce mirar quieta y definitivamente plasmadas unas ideas o emociones fugaces. Pero el oficio de escritor docente para un público grande, para una masa de lectores de muy distinto nivel de asimilación, exige una claridad de pensamiento y un rigor en la expresión escrita, que hace trabajo duro y generoso lo que comienza siendo espontáneo desahogo; hace meritorio y social lo que podría ser sólo estético. Si además tomamos en cuenta que las ideas de un hombre no tienen por qué ser monorrítmicamente idénticas a lo largo de todas las circunstancias biológicas y nacionales, podemos estimar con más justicia lo que tiene de valioso el testimonio de un pensamiento fiel a unos principios que permanecen, pero con capacidad de adaptación a unas circunstancias que cambian. Lo cual vale tanto como seguir siendo veraz a huidas de anacronismo.

* * *

El venero sólido y fecundo de su formación universitaria, muy pronto cristaliza en una ambiciosa inquietud que le arrastra a la áspera lucha en el Madrid de los años 50. Son los tiempos de su doble oposición a cátedras, de la promoción y puesta a punto de la revista y grupo «Arbor», de las primeras andaduras en un quehacer universitario y político que había de marcarle de modo permanente, ya que ambas actividades son de las que dejan para siempre enrolado a un hombre.

El oficio universitario exige —si es bien ejercido— un constante juego de interrogación y respuesta; muchas veces respuesta llena de perplejidad ante horizontes o abismos que promueven las mentes juveniles que nos rodean y nos inquietan. El oficio universitario, amarrado a la servidumbre inte-

lectual, obliga a no dar ningún concepto por concluso, ninguna técnica por perfecta; sólo la ética rotunda, y la estética como lujo, cuando se ha conseguido sustancia. Ninguna actividad humana hay que entrañe tal exigencia de continua elaboración. Muchos hombres y muchas instituciones tienen dispuestos, incluso llevan en su programa, cambios periódicos de estructura que modernizan y hacen vigente una continua capacidad de convocatoria. Pero el «estar al día» del intelectual universitario tiene que hacerse sobre unos esquemas mentales que han sido elaborados muy personalmente, a través de muchas horas de soledad y crítica; y deben ser cambiados, completados o sustituidos también en la soledad del propio pensamiento, sin convocatorias externas, en un esfuerzo del que tantas veces es testigo único la propia persona. No es de extrañar que a lo largo de cualquier otra actividad política, empresarial, social, que el universitario en ejercicio emprenda, tenga siempre listos recambios de ideas, reservas de energías, capacidad dialéctica; cara externa y a veces brillante, de lo que ha sido y es íntima y dura labor de asimilación y crítica.

La llamada a la política activa supuso para Florentino Pérez-Embid la posibilidad de ejercer el fruto de aquella etapa de laboreo. Política que engancha al hombre por su puro instinto de mando y creación, y que tiene que ser moderada por una consciente voluntad de servicio. Que la política no corrompe ni desvía cuando se encauza, como el lecho de un río, para llevar las aguas que uno transporta pero no posee, que uno conforma pero no inventa. De aquellos años de su actividad política quedaron unas normas desde la Dirección General de Información, plasmadas en el rejuvenecimiento de los Ateneos, los Festivales de Música y Danza, las publicaciones culturales, la promoción del libro y las ideas, hasta donde daban de sí unas circunstancias adversas en lo exterior y de quebradizo pulso en lo interno.

* * *

Tras un decenio de nuevo trabajo universitario, el tercer ciclo en la biografía sinóptica de Florentino Pérez-Embid se

inicia con un gran dolor en esta su tierra sevillana, y con la llamada inmediata al ejercicio de una política activa, de nuevo, en el campo de las Bellas Artes y la Universidad.

La Universidad que en esta ocasión absorbe su esfuerzo es la «Menéndez Pelayo» de los veranos de Santander, desde la que ha podido vivir la fecundidad de promover cultura en la periferia de las regiones, y la eficacia que tiene una labor de pensamiento liberada de cánones rígidos y programas inmutables.

Pero es sin duda su ingente labor en las Bellas Artes la que ha subrayado en el ámbito nacional la ejecutoria de unos logros e inquietudes absolutamente inéditos hasta su llegada. Quizás por no ser un profesional de las Bellas Artes, sino sólo buen aficionado, ha podido tener la gracia y el empuje precisos para crear desde Decenas musicales ya enraizadas en los ciclos anuales, hasta Museos, Exposiciones, Excavaciones Arqueológicas, restauración de Ciudades monumentales, enseñanzas artísticas, defensa del Patrimonio histórico-cultural de España, publicaciones nuevas, destinadas a un público que no acude a los seminarios de los especialistas, pero que es apto para la formación y goce de las artes bellas. Y este trabajo, con el talante inquieto, con prisa ejecutiva y con iniciativas en cadena, al aire de lo que dejó escrito León Felipe con magistral perfil:

*Que no se acostumbre el pie
a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa,
ni la losa de los templos,
para que nunca recemos
como el sacristán
los rezos,
ni como el cómico
viejo
digamos
los versos.*

Tiempos estos en el que los recuerdos empiezan a pesar, en los que el proyecto ya no tiene aquella gozosa impaciencia